Origen e interpretación de la Mujer Nicaragüense

**No es feo ser buena
ni es malo ser hermosa**

JOAQUIN PASOS
Poeta Nicaragüense.

A principios del siglo XVI vivía en España una dama. Tal es la frase con que debe comenzar, cuando se escriba, la historia de nuestra sociedad nicaragüense. Porque en España, en la ciudad de Segovia, habitaba por aquellos tiempos la noble señora que habría más tarde de fundarla. Hija del Magnífico Señor Pedrarias Dávila, Gobernador de Nicaragua y de Doña Isabel de Bobadilla, su mujer, Doña María de Peñalosa nació en el fuerte palacio que poseía su ilustre familia en la colación de San Martín de aquella ciudad segoviana.

La familia Arias-Dávila tenía ya una tradición de hermosura y de valor. Pedrarias, después de pasar su niñez como paje en la corte del Rey Poeta Don Juan II, se distinguió en la de Enrique IV por tres principales cualidades: su belleza física, su valor y su destreza en los torneos, por los que mereció los calificativos de El Galán, El Bravo, y el Gran Justador. Así con estos tres nombres, aparece en las crónicas del período, el futuro organizador de Nicaragua.

Su hija Doña María heredó la belleza y la valentía de su estirpe. Era ella una hermosa castellana de vigoroso carácter y bien templada ánima. Prometida en matrimonio a Vasco Núñez de Balboa, no se realizó la boda por la muerte de éste. Más tarde, en los primeros días de 1524, se casó con Don Rodrigo de Contreras, descendiente de otra ilustre familia española.

A la muerte de su suegro Pedrarias, Rodrigo de Contreras fue nombrado Gobernador de nuestra provincia. La hija de Dávila sabía que tenía que continuar en Nicaragua la obra de su padre. Cuando llegaron a nuestro país en 1536 el joven matrimonio y sus hijos acompañados de numeroso séquito, nuestras tierras como resultado de la pésima administración interna de Licenciado Castañeda se encontraban en un estado de desorientación social que era necesario con-

trolar al instante. El nuevo Gobernador procede inmediatamente a la obra, en la que comparte con su esposa todos los afanes. De Granada a León, de León a Granada, los Contreras viajan incansablemente durante todo el año, reorganizando la vida del país. Doña María es incansable en la labor. Su distinción y señorío trae y admira a españolas e indias. Las primeras se agrupan a su alrededor considerándola directora de sus círculos, a las últimas Doña María expresa su cariño y cuenta como éstas "al verme llegar a la Catedral con mi alfombra, ellas llevan su petate".

Pero no descuidaba la ilustre dama los deberes que como Gobernadora le imponía su estirpe. Al soplo del ideal hispano, los descubrimientos y conquistas continúan en nuestra provincia. Rodrigo organiza una expedición para descubrir y poblar el Desaguadero, esperanza de unión entre nuestros lagos y la mar del Norte. Doña María ayuda material y moralmente en el alistamiento. Dirige, en ausencia de su marido, los preparativos. Pero un fraile, el Padre Bartolomé de las Casas, se opone a la empresa. Niega la absolución a los expedicionarios. Sube al púlpito a proclamar la malicia de la empresa. Habla con tanta injuria contra el ideal hispano, que Doña María le obliga a descender de la tribuna del templo de San Francisco.

La Gobernadora no puede aguantar ataque tan temerario y tan ridículo, lanzado con caracteres de anatema por un fraile que, a pesar de su amor por los indios, es el primer español liberal que comienza a perjudicar en América.

"Fray Bartolomé —dicho con palabras de Pablo Antonio Cuadra— creyendo en la teoría de la bondad natural del hombre, deseaba la conquista de América como una campaña electoral, y que la religión fuera aceptada por un plebiscito de salvajes".

El primer demócrata que viene a Nicaragua es detenido en su afán subversivo y demagógico por la primera dama hispana (1)

Doña María era una dama integralmente religiosa. Su característica era esta. En ella encontramos, como raro ejemplo, el cumplimiento, a veces heroico, de todos sus deberes. Su deber de hispana al defender las empresas del Imperio, su deber de madre al salvar a sus hijos con una inteligencia y peligrosa treta cuando los vecinos de Granada querían enviar a perseguirlos, su deber de esposa al afrontar las persecuciones y desgracias de su marido, y principalmente, su deber de católica, en el cumplimiento del cual llegó hasta lo inaudito, *Por eso, cuando siguiendo el Viacrucis en Granada recibió la fatal noticia de que su hijo Hernando había asesinado al Obispo de León, noticia que sabía habría de acarrear quizá la ruina total de su familia, Doña María palideció y continuó rezando las Estaciones*

La primera dama de nuestra provincia era como la "mujer fuerte" del Evangelio. Fue conquistadora, defensora y civilizadora. Mujer íntegra y maravillosa, su vida, que concluye llena de amarguras y decepciones en Lima el 25 de Mayo de 1573, es el dechado de las virtudes femeninas en tiempos de la Hispanidad. Con su ejemplo y su obra pudo formar en Granada y León una sociedad que fue desde entonces nuestra sociedad. Ella es, pues, su fundadora.

Nuestras mujeres que vivieron en la época del Imperio, continuaron la tradición de honor y de virtud enseñada por Doña María de Peñalosa. Ellas llegaron a implantar en nuestro país el tipo de la dama española de aquel tiempo.

Al estudiar el carácter general de la mujer hispana, encontramos como base de su personalidad dos cualidades esenciales: *su limpieza de alma y su limpieza de sangre*. Ellas forman el orgullo, el blasón de la mujer hispana. Limpieza de alma y de cuerpo, espiritual y material, limpieza integralmente humana y divina.

El resultado de esta doble limpieza es un ser humano completamente dirigido hacia su doble fin.

Como corolario de estas dos características, la mujer consigue un maravilloso equilibrio entre la materia y el espíritu, equilibrio que podría manifestarse en esta forma: NO ES FEO SER BUENA NI ES MALO SER HERMOSA. Esta frase, que termina con todas las cobardías femeninas, es la expresión práctica y sentimental de la filosofía de aquellas damas.

1°—LIMPIEZA DEL ALMA

“No es feo ser buena”

a) RELIGIOSIDAD. ¿Cómo actuaba en la mujer hispana de la época imperial el sentimiento religio-

so? La fundadora de la sociedad nicaragüense nos lo dice con su ejemplo. La vida de doña María de Peñalosa enseña a las mujeres de Nicaragua cómo una dama, puede, al mismo tiempo, ser la primera en la sociedad y en la religión. Más aún, cómo es preciso, absolutamente necesario para que una dama tenga prestigio social, que su vida sea una continua práctica católica. La base única que presta un verdadero sostén al edificio hermosísimo de la mujer hispana es la religión. Linaje, sangre, virtud, decoro, todas sus cualidades descansan allí. La vida de la mujer nicaragüense durante la época de nuestra grandeza era una vida esencialmente religiosa. Pero es preciso no equivocar el sentido de este concepto. Llevar una vida religiosa no consiste solamente en la práctica más o menos obligada de los deberes de iglesia, sino en la dirección de la vida misma por la norma religiosa. *La religión es una cuestión integral y no litúrgica*. La mujer católica debe ser una mujer vitalmente religiosa. Cada uno de sus actos es dirigido por esta norma trascendental.

La mujer hispana era una mujer conquistada para la religión. Era el producto humano de la victoria contra el paganismo, lograda en una lucha de siglos. Ya el catolicismo estaba cimentado en ella por la enorme fuerza cultural de su estirpe. El fenómeno de la conversión había tomado hacía tiempo los caracteres generales de una verdadera adaptación social. Se vivía en un medio católico. No se trata entonces de renunciamentos conventuales como en los tiempos de la decadencia latina, sino de una práctica efectiva, más dolorosa que aquellos por cuanto se luchaba también contra las fuerzas del mundo. En Nicaragua, como en todas las tierras recién descubiertas, la mujer española sufrió tremendas pruebas. Indudablemente, era entereza heroica la que se necesitaba entonces para mantener la fortaleza del ánimo. El espíritu libraba en las tierras de América durante la Conquista, batallas más grandes y reñidas que las del cuerpo. Las pasiones andaban sueltas en nuestros bosques como las fieras. Cuando el castellano luchaba en las montañas contra los indios feroces, su esposa batallaba en los caseríos contra los pecados de los hombres. He ahí el verdadero origen de la fuerza defensora de las altivas españolas, que durante mucho tiempo fue achacada al orgullo y al desprecio. Esa altivez, ese orgullo, si se quiere llamarle, fue un elemento indispensable para la formación de nuestra familias de prosapia.

La damita hispana de esos tiempos conservaba, al amparo de una religión palpitante, de una religión vital, conservaba, digo, porque también la había heredado, una distinción y una personalidad que nunca fueron igualadas con las fórmulas sociales que se inventaron después. La razón es muy sencilla: la dama hispana, formada en un criterio y una educación inte-

gral y religiosa, era naturalmente distinguida. No tenía necesidad de forzar su carácter ni de asumir actitudes. Ahora sí que tienen necesidad las señoritas yanquizadas de nuestra edad modernísima de fingir una distinción que están lejos de poseer. Ahora se estudia en los Estados Unidos en Manuales de Sociedades la manera de adquirir personalidad. Y después, como la civilización yanqui ya no deja tiempo ni para leer, se aprende en el cine. Las damas hispanas son así sustituidas por las actrices de Hollywood.

Nuestra religión es naturalmente aristocrática, en el sentido puro del vocablo. La virtud es difícil, el pecado fácil. El cristiano práctico es el hombre "mejor" de la concepción griega. El catolicismo es universal, pero la virtud es particular. Cuando nuestras tierras eran, por gracias de Dios y del Emperador, partes integrantes del gran Imperio Católico, nuestras mujeres consideraban a honra emularse mutuamente en el ejercicio de las virtudes cristianas. Entonces había entre ellas un deseo de superación de las virtudes. Ahora, generalmente, ese deseo de superación ha quedado relegado a las modas. Lo exterior ha suplantado a lo anterior. Signo claro y evidente de las civilizaciones vacías.

Los culpables de este estado de cosas fueron nuestros padres. Ellos destruyeron con sus ideas locamente revolucionarios el gran edificio cultural que levantaron nuestros abuelos los conquistadores. La frase de Ernest Psichari, el convertido descendiente de Renán, que dijo "Vayamos contra nuestros padres al lado de nuestros antepasados", es un lema preciso para nuestras reivindicaciones culturales. Nuestras madres sufrieron la terrible transformación que las nuevas ideas habían de operar en las costumbres. Presenciaron los principios de nuestras luchas separatistas y los comienzos de nuestras locuras partidaristas. Toda nuestra desgraciada revolución ideológica. Sus bien templados corazones de castellanas sangraron de dolor sobre las ruinas de nuestra organización imperial.

Desde entonces, las mujeres hispanas quedaron a merced del individualismo. Cada una de vosotras, mujeres de mi tierra, lucha ahora aisladamente en un medio de infiltraciones mucho más peligroso. La fortaleza ha sido destruida, y sólo quedan esporádicos puntos de defensa. La sociedad, que antes era nuestro principal aliado, hoy es nuestro más terrible enemigo. Antes la virtud encontraba, no sólo apoyo, sino razón de ser, en los medios sociales. Ahora los medios sociales son a menudo el mayor inconveniente para la práctica de la virtud.

b) MORALIDAD. Pero todo esto es desde el punto de vista metafísico. Veamos ahora el criterio de la mujer hispana del lado simplemente natural. Encontramos que en ella, como consecuencia de los

factores culturales, existe un ser naturalmente moral. Lo que desde el plano religioso se considera como pureza, existe en estado natural en la mujer hispana de nuestra época imperial con el nombre de decencia. Lo "decente" es aquello que se puede decir sin vergüenza, lo obligado por las normas de los tiempos caballescres.

No había nada en la hispanas que no fuese totalmente decible. En el secreto de sus vidas privadas sus más pequeños actos eran perfectamente manifiestos. Lo indecible relegaba a las excepciones a fuertes sanciones familiares y hasta sociales. De esta decencia absoluta y grandiosa se derivaban en nuestras mujeres dos consecuencias admirables: *la altivez* y *el recato*. Parece mentira que estas dos cualidades que ahora se miran un poco separadas, coexistiesen entonces de una manera tan completa. La hispana era altiva porque se sabía pura al amparo de toda maledicencia. Y era recatada porque su ser mismo la obligaba a conservar la integridad de esa pureza. El recato en la mujer indica la protección, el arrebató del cuerpo que se sustrae a las acechanzas de los enemigos del alma. El recato es humilde porque siente débil el cuerpo, pero es orgulloso porque sabe fuerte el ánima. En esto se basa el recato de nuestras bellas hispanas del Imperio, aquel recato que era verdaderamente *una orgullosa humildad del cuerpo hermoso*.

Los románticos hicieron de la virginidad de la mujer un tema poético. Tal era la concepción de la pureza en el descastado siglo XIX. Usando la frase de un moderno escritor argentino —Ignacio B. Anzoátegui— "Vidas de Muertos" —es preciso recordar que la virginidad no es un motivo lírico, sino una decencia. ¡Mal hayan las virginidades pervertidas de la decadencia! Volvamos los ojos a la verdadera integridad física de nuestras mujeres coloniales, que representaba, por todo y sobre todo, su integridad espiritual. No queremos más componendas poéticas, estamos hartos de oír exaltaciones líricas en favor de los deslices femeninos. El siglo romántico fue un siglo hipócrita y solapadamente inmoral. Las libertades que se le otorgaron a la mujer fueron simplemente *facilidades* para el pecado. Queremos que la mujer reivindique el derecho, el derecho perdido en las libertades modernas: el derecho a ser totalmente virtuosa.

El decoro es la exteriorización del recato. El traje de la mujer hispana llevaba este sello, era una investidura a la decencia, una condecoración de la pureza. De allí su carácter de sagrado. La decencia da origen a la elegancia. Es curioso notar que, así como el traje tiene por objeto guardar el cuerpo, la casa tiene por finalidad el guardar a la familia. Es el traje de la familia. Porque la familia hispana era una familia guardada, y la mujer hispana una mujer encerrada, encerrada como tesoro. Lógicamente, el

hombre aprecia a la mujer encerrada que a la que no lo está. Nuestras casas coloniales eran casas de pocas puertas, aunque de muchas ventanas. Ventanas enrejadas con fuertes hierros cuidaban del honor de las doncellas. Y es notable esta coincidencia en Sevilla, la ciudad española de las ventanas, es decir, de las mujeres encerradas, es en donde aparece la figura del Don Juan. El Buscador de mujeres nunca es buscador si las encuentra a cada paso. Cuando en nuestras ciudades se cambian las ventanas coloniales por las puertas modernas, las mujeres se tornan andariegas. Se acaba la vida de familia.

2º—LIMPIEZA DE SANGRE

“No es malo ser hermosa”

Una secreta unión, un vínculo milagroso, existe entre la virtud y la belleza femeninas. Ambas parece que se funden en una sola claridad cuando llegan a encontrarse. Entonces la una parece reflejo de la otra, dan las dos una misma luz. Es preciso tenerlo muy presente: la virtud es una belleza espiritual, y la belleza una virtud material. Este es el verdadero sentido de la belleza física. La materia trata de superar su esencia, de elevarse lo más posible hacia lo espiritual, y logra en su esfuerzo, representarla en sí misma una gracia que corresponde en lo material a la gracia de los dones del espíritu. Pero el carácter eminentemente carcelario que tiene la belleza al manifestarse en moldes materiales, es ya un anuncio de la existencia de límites, que la mujer hispana tiene muy en cuenta para su exacta valorización. La belleza de una mejilla termina necesariamente en la mejilla. La belleza de un cuerpo limita por todas partes con el aire que lo rodea. La piel es una barrera, un final. La muerte es la desintegración.

Nuestras antiguas damas conocen muy bien esta filosofía que otorga a la belleza física solamente el papel transitorio que le corresponde. Por eso dicen “no es malo ser hermosa”. Es decir, si soy hermosa, tanto mejor, belleza seas bienvenida! pero lo que sustancialmente me interesa es ser virtuosa! La primacía de lo espiritual es para ellas indudable, de allí que la fealdad no sea un obstáculo aunque la belleza representa una cualidad.

En el terreno material, la hermosura física es para la mujer hispana el mejor de los dones. Pero esta jerarquía de la belleza no se debe en manera alguna a satisfacciones de vanidad personal. Se debe a consideraciones de carácter social. Para ellas, la belleza como virtud material, es una consecuencia de la bondad de la sangre, una garantía de bienestar físico para la descendencia. La belleza es un vehículo, un medio, nunca un fin, ni aun desde el punto de vista de la materia.

La belleza de los ascendientes ha sido disuelta y la belleza de los descendientes no ha sido formada aun. Sin embargo los humanos son los guardadores de aquellas bellezas ya disueltas y los comunicadores de aquellas bellezas no formadas aun. La mujer es la forma viva, el estuche que guarda la joya hereditaria de belleza que está labrada en el rojo rubí de la sangre.

La ordenada escogencia, con miras a la herencia y conservación de la cultura, fue un factor decisivo en el establecimiento de la nobleza española. Aceptado ya este hecho hereditario que no cabe aquí discutir en sus grandes razones de ser, debemos fijarnos solamente en este fenómeno, “noblesse oblige”, como dicen los heráldicos franceses, pero, obliga a qué? La nobleza de la mujer hispana la obliga seguramente a observar una conducta recta, digna de su estirpe. La limpieza de sangre fue en su origen limpieza de alma.

La dama hispana tiene un concepto muy sólido de la nobleza. Comprende la enorme responsabilidad de su raza, y la acepta. Sabe que tiene la obligación de responder a los preceptos de la nobleza de los caballeros. Los fundadores medioevales de su linaje escogieron como primera Dama a la Virgen María, la mujer que representa la estirpe cristiana. La devoción a la Virgen llena los romances de caballería. Desde entonces a la Madre de Dios se le da un nombre de soberana: se la llama “Nuestra Señora”. La mujer cristiana de la Hispanidad sigue esta tradición de honra, la cultiva.

España, al colonizar, se funde con la raza indígena: la absorbe. No la aniquila, como los ingleses la acepta y la transforma. El indio experimenta entonces una transformación y una gloria muy parecidas a la transformación y la gloria experimentadas por los publicanos al recibir la gracia divina. El indigenismo entra en la Hispanidad: desde entonces todos los indios son españoles. La dulce raza nativa es recogida, llevada en señal de alianza a los nuevos hogares españoles. Las morenas y encendidas mestizas comparten con las españolas peninsulares los mejores salones sociales. Los matrimonios se hacen más frecuentes, llega a borrarse toda distinción racial al amparo de la misma comunión imperial.

Y así vive la mujer hispana de aquella época majestuosa en las nuevas tierras de América. Así se organiza la sociedad, así se forman nuestras actuales familias nicaragüenses.

(1)—Los mismos liberales cuentan a Fray Bartolomé entre sus fillos. José Milla, por ejemplo, se jacta de situarlo allí. La bondad exagerada de este misionero causa enormes perjuicios a la obra de nuestra colonización: la Costa Atlántica de nuestro país es un ejemplo de este hecho. Debido a su imprudente liberalidad, allí los indios no fueron jamás redimidos. Las expediciones de misioneros solos, sin ayuda de las armas hispanas, enviadas a aquella región dieron sólo resultados de antropofagia.

Inventando crueldades sufridas por los nativos, Fray Bartolomé es, en realidad, uno de los primeros propagadores de la “leyenda negra”. Rómulo Carbia, en sus conferencias dictadas en Madrid, lo señala como mentiroso al encontrarlo falseando los hechos históricos en favor de sus teorías. Marius André y otros historiógrafos han demostrado su perjudicial influencia en los destinos hispanos.